

Biblioteca-Films

Las esposas de los hombres pobres

Núm. 10

25
cénts.



Barbara
La Marr



GASNIER, Louis

GUIO DE FRANK M. DAZET; CHRISTINE JOHNSTON

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

PUBLICACIÓN DECENAL

REDACCIÓN:

Urgel, 40, 2.º, 2.ª

○ Teléfono 3028 - A

BARCELONA

Poor Men's Wives, 1923

LAS ESPOSAS DE LOS HOMBRES POBRES

Comedia dramática interpretada por la excelsa

BÁRBARA LA MARR

en el papel de Laura

DAVID BUTLER, RICHARD TUCKER, ZASU PITTLS

¡ BETTY FRANCIS CO

EXCLUSIVAS: EMPRESAS REUNIDAS, S. A.

Paseo de Gracia, 56

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

INTRODUCCIÓN

¡ Contraste singular el del matrimonio concertado por interés y el fundamentado en el mutuo amor, con exclusión de toda mira material! ¡ La del matrimonio en que el varón sin ideales escoge una compañera por puro capricho, y el de aquél que, con su trabajo, labra la felicidad de la mujer a quien ha escogido para ser su compañera durante la vida! ¡ La del que se casa por capricho y del que lo hace por amor: al primero le dura la felicidad lo que una fruta madura arrancada del árbol; al segundo, enamorado de la belleza

del alma, más que de la forma externa, logra una felicidad inconcusa, duradera como el alma!...

La belleza del cuerpo, como la flor del campo, se marchita y desvanece; llega un día en que arrastran los vientos por la tierra los despojos de la pasada hermosura. Pero la belleza del alma nunca perece. Si amáis el cuerpo de la mujer, vuestro amor durará un día; amad su alma y vuestro amor será eterno.

¡Contraste mucho mayor el del hombre rico y vicioso, que se sirve de su dinero para labrar la desdicha de su compañera; y la del hombre pobre, pero trabajador y honrado que vive feliz al lado de su esposa e hijos! El primero casó por capricho; el segundo por primero es un ser inútil, una verdadera plaga social. El segundo, trabajando por su hogar, conquistará el amor de su compañera; se hará digno de sus encantos, de sus virtudes; conocerá el respeto y veneración de sus hijos; la paz y la felicidad del santuario doméstico; y embriagado en los ensueños del amor, en las alegrías del alma, se desvanecerán—con la sonrisa de la mujer, con los santos placeres de la familia—, las amarguras y los dolores de la existencia, las penalidades y los contratiempos que pueden sobrevenir en la vida matrimonial.

Vamos a palpar estos contrastes en la relación siguiente, que será la resolución de este dilema: *¿Dónde está la felicidad de la mujer?... ¿En un marido pobre?... ¿En un marido rico?... Leed.*

I

—¿Aún no es tuyo el taxi?

—No, Claribel; pero ya llevo ahorrados unos cuantos dólares para comprar uno. No temas, trabajaré hasta conseguirlo.

—¿No llegarás tarde, Jaime?

—Procuro no perder tiempo.

—Pues date maña para que pronto tengas taxi propio, porque a mí no me gusta andar; ni casarme con un sencillo chauffeur de alquiler.

—¡Claribel!...

—Jaime, pára el coche, que allí veo a mi amiga Laura que va al trabajo.

El automóvil se paró.

—¡Eh!... ¡Laura. Laura!... Ven, sube...

—Buenos días, Jaime... ¿Cómo estás, querida?

—¡Hola, señorita Laura!

Luego, dirigiéndose a su novia, arunció el chauffeur:

—Oye, Claribel, esta noche iremos al cine a ver «La esfinge de hielo», y luego tomaremos un refresco... ¿qué tal el programita?

Claribel miró a su amiga riendo en tono burión, luego volvióse hacia su novio:

—¡Ay qué ver!... «La esfinge de hielo» y un sorbete... ¡Ja, ja!... Sólo nos faltaba la compañía de un ventisquero como tú para ganarnos una pulmonía doble... ¡Los hay que se arruinan invitando!...

—No te burles, Claribel mía, ya sabes que ahora estoy ahorrando para comprar un taxi y después una casita para mi mujercita.

Y al decir esto Jaime echaba su brazo derecho al cuello de su futura con gran envidia de Laura que observaba a Jaime suspirando con mirada complaciente.

—Oye, Jaime, también ahorrarás para comprarme una fregadora automática y una caldera para la colada; porque a mí no me gustan esos quehaceres domésticos.

Con este diálogo de los dos novios y el silencio de Laura, que no quitaba la vista del enamorado chauffeur, llegó el auto frente a la renombrada casa de modas y novedades para señoras de Marthin Marthen en la calle Wellington—de la que eran maniqués vivientes Laura.

Salieron las dos jóvenes, prometiendo Jaime volver a la salida para buscar a su novia de la que estaba perdidamente enamorado.

El salón rebosaba de señoras, algunas de ellas acompañadas por caballeros quienes se recreaban regalando su vista en las seductoras muchachas que servían de maniqués. Estas aparecían en uno como escenario situado en el testero del salón, y bajaban a la sala con paso lento, luciendo los preciosos modelos de vestidos y sombreros creación de la casa.

Apareció Claribel luciendo un lujoso vestido de teatro de charmeuse con apliques de oro, cubierta con una valiosa capa de pieles, que abría con parsimonia para dejar al descubierto el vestido.

Notó la hermosa maniqué que uno de los jóvenes la miraba con una insistencia no des-

provista de interés, y ella se complacía en exteriorizar sus formas entornando la vista con muy significativo mohín.

El joven—que iba acompañando a su madre—llamábase Otto Shanton. Mientras aquella hablaba con la directora de la casa, el joven se acercó a Claribel y susurró a su oído estas halagadoras palabras:

—Señorita, es usted muy hermosa.

Claribel sonrió como dándole las gracias y aquél prosiguió:

—Unos cuantos amigos iremos esta noche al Club de «Follies»; la fiesta promete ser memorable, ¿quiere que vengamos a buscarla a la salida del trabajo?

—Accedo gustosa a la invitación y... ¡gracias!...

Dieron las siete. Las señoritas maniqués se disponían a abandonar el trabajo. Claribel y Laura se vestían en el mismo tocador.

—¿Sabes, Laura?, esta noche voy de parranda al «Follies» con unos aristócratas.

—Pero olvidas que Jaime te esperará ya.

—Hija, a Jaime lo tengo siempre que quiero, y a estos aristócratas, no. Baja tú primero y dale cualquier excusa; dile que no estoy bien...; que se marche.

—¡Pobrecito Jaime!... ¡Eres muy ingrata!... Si él me quisiera como...

—Como tú le quieres.

—Como él a ti.

—No, si ya sé que le quieres. Te lo mirabas con unos ojitos cuando veníamos hoy hacía aquí... Pues mira, te lo regalo... ¡Cualquiera se casa con un pobre chauffeur teniendo proporciones como yo tengo!...

—Bueno, me voy. Diré a tu novio que no bajarás ¿eh?

—Sí, dile que se vaya y... ¡que te aproveche!...

Bajó Laura. En la calle esperaba, en efecto, Jaime. Laura se dirigió hacia él.

—Señor Jaime, Claribel no se encuentra muy bien... Me ha dicho que se puede usted marchar...

—No se quedará a dormir en el taller. Ya la esperaré.

Detrás del taxi de Jaime paróse un magnífico Rolls-Royce ocupado por cuatro caballeros y del que se apeó Otto Shanton acompañado de Smith Blanton, dirigiéndose en busca de Claribel.

Al aparecer ésta, cogida del brazo de Shanton, Jaime se adelantó hacia la joven que son-
despectivamente, y echóle en cara su mal

—Con que... ¿me dejas por ese gorila?

—Por lo menos no es un pobre diablo como tú. Este no lleva los dólares pegados con sintetikon.

Jaime Meberne se tragó la píldora sin rechistar, apretó los puños y exclamó:

—Vete enhoramala; para mí ya has muerto.

Laura se le acercó cariñosa:

—Perdóneme, Jaime, no quise hacerle pasar este mal rato.

—Todas sois lo mismo—exclamó el chauffeur, saltando al volante—; para mí terminaron ya las mujeres.

Y partió el taxi velozmente dejando un vacío en el corazón de Laura, que amaba a Jai-



—Me permite usted acompañarla al jardín?

me Meberne, porque lo creía bueno, trabajador y honrado.

II

Laura Bedford volvió a ver a Jaime Meberne en las montañas rusas del Holder's Park.

—¿Cómo está usted, señor Meberne?—preguntóle Laura al verle—. ¿Qué sabe usted de Claribel?

—La he olvidado. Buscaba un hombre rico y yo soy un obrero.

—Pero puede usted hacer feliz a una mujer.

—A una mujer que me quiera y que esté dispuesta a soportar al principio las incomodidades de una vida de trabajo. Después yo procuraré crearle una situación; pero ayudado por una compañera ahorradora y amiga de su casa...

—Tiene usted razón. La mujer que encuentra a un hombre como usted es más feliz que la que se casa con un rico, por lo regular, lleno de vicios.

—¿Quiere usted acompañarme en un viaje por estas alturas?

—¿Si es de su agrado?...

—Sí, sí, vamos.

Tomaron asiento en un carricoche. Aquel recorrido en las montañas rusas reveló a Jaime el amor de Laura, quien en los momentos de mayor sensación, cuando el carrito lanzándose desde gran altura parecía iba a arrojarlos al abismo, se cogía fuertemente a Jaime Meberne.

Aquel viaje condujo a ambos jóvenes al matrimonio.

Claribel también volvió al «Follies» acompañada por Otto Shanton y por Smith Blanton—una de las fortunas más sólidas de Nueva York.

—Tengo—dijo Blanton a Claribel—un hermosísimo brillante que ha de lucir como un sol en el dedito lindo de una nena a quien yo adoro.

—Pero te advierto, Smith—respondió Claribel—, que esa preciosa nena a quien tú aludes no aceptará ese brillante, si no lo engarzas en un anillo matrimonial.

Y se hizo como ella deseó: Smith Blanton, el opulento rentista, y Claribel Hayes, la coqueta maniquí, contrajeron matrimonio.

Ya hacía cerca de un mes que Laura Bedford y Jaime Meberne eran esposos, cuando llegó un criado con librea, quien les entregó una gran caja juntamente con una carta. La abrieron con mucho cuidado. Contenía una artística ponchera de plata, magníficamente labrada, con todo el complemento del servicio.

Quedaron admirados de tanta riqueza. Grande fué su estupefacción al abrir la carta y leer:

«Querida Laura: Perdóname por mi tardanza en enviarte mi regalo de boda, pues he estado ocupada en los preparativos de la mía propia. — Claribel.»

Los esposos no salían de su admiración contemplando un regalo tan espléndido.

—Pero oye, Laura, ¿dónde vamos a poner este cachivache?

—Cuando tendremos una casa decorosa lo pondremos en el sitio de honor.

—Primero, Laura, vamos a ahorrar para poder comprar un coche, después ya ahorraremos para comprar la casa. Mira, te he comprado esta cajita, ¿sabes lo qué es?

—¡Una hucha!...

—Justamente. Todo lo que vayas ahorrando lo meterás aquí.

La felicidad reinó en aquel hogar humilde, porque se había fundamentado en el amor de dos corazones.

Cierto día llegó Jaime a comer algo malhumorado, la comida le pareció mal condimentada.

—Laura, ¿cuándo me darás a comer cosas que no provengan de lata?... ¡Siempre las malditas conservas!

No te enfades, querido, hoy me encontré muy cansado y no he querido salir a la compra.

—¿Te encuentras indispuesta?

—No sé qué será; pero me parece que se opera en mí algo grande que no te sabría explicar.

—¿La contestación a la carta que escribimos pidiendo un niño...?

Laura contestó riendo:

—Creo que sí.

Jaime se levantó y fué a echarse en los brazos de su esposa.

—¿De veras, Laura?... ¡Qué felices vamos a ser!

III

¡Qué cuadro tan distinto en la suntuosa morada de Smith Blanton!

Son las diez de la noche. El señor Smith está dispuesto para salir.

—¿También sales esta noche? — pregunta su esposa.

—Sí, hija, sí... Tengo una conferencia de negocios con mis socios.

—¡Qué elegante te has puesto para esa conferencia!

—¡No seas mala!

—¿Y a qué hora volverás?

—Cuando esté de regreso.

—Muy bien. Pues yo también tendré que salir—contestó Claribel con una risa sardónica, cubriéndose con una preciosa capa.

—¿En vestido de soirée?... ¿A dónde tienes que ir a estas horas?

—Pues... a una conferencia de la Junta de Damas Catequistas.

—¿Y si yo te prohibiera ir a esa Junta?

—Te obedecería si no supiera positivamente que te vas a divertir. A menos que creas que tu mujer es una mísera esclava...

—Las mujeres no tenéis los mismos derechos que los hombres...

—¡Que te crees tú eso!

—Sobre todo las que debéis al hombre todo cuanto tenéis.

—Todo lo que me has dado tú, lo cambiaría por un día de felicidad.

Por este diálogo podemos colegir que los esposos Blanton no eran dichosos: era un matrimonio desencajado, fundamentado en el dinero y en la hermosura.

Claribel pensaba: ¡Si tuviésemos un hijo!...

.....

¡Oh, ironía del destino, la esposa de Jaime Meberne tuvo dos niños gemelos!... A Jaime y Laura, que trabajaban tanto para ahorrar unos dólares al fin del mes, en vista a la adquisición del tan deseado automóvil, les llegaban los hijos por partida doble. ¡Dos bocas más, y qué bocas!

Cuando entró Jaime en el dormitorio de su esposa y vio a dos rechonchos angelitos afe-
rrados a los pechos de su esposa, gritó:

—¿Qué es esto?... ¿Dos?... Por este camino no vamos a poder ahorrar para el automóvil... ¡Y qué preciosos son!

Un día recibió Laura una esquila de Claribel invitándola a tomar el te en su compañía. Ya, sin avisar a su esposo, correspondió a la invitación; dejó los niños al cuidado de una vecina y fué al palacio que habitaba Claribel.

—¿No me presentas a tu esposo, Claribel?

—Para muy poco en casa... Tiene tantos asuntos de negocios... Te advierto que eso a mí me va muy bien, porque me deja bien tranquila.

Claribel mentía descaradamente : sentía un gran vacío en el corazón al verse tan sola y aislada ;pero debía hacer creer a su amiga lo contrario de lo que pensaba.

—¿Y no sales con él?

—No; pero salgo sola.

—¿Sola?

—¿Y tú no?

—Según a qué horas y para qué, sí; pero no me atrevería a salir sola de noche.

—Bueno, es que tú vives en un mundo muy distinto del mío. Laura, es preciso que salgas de tu retraimiento. Anímate y ven conmigo

cualquier noche. Iremos al Club o al teatro... ¿Quién mejor que tú?... Jaime está fuera de casa toda la noche e ignorará que hayas salido... Mira, si quieres podremos ir mañana al baile del Círculo Artístico. Representarán una farsa romana, una parodia de las orgías del tiempo de los Césares... Ven, tonta, ya verás cómo nos divertiremos. Asistirá a ella lo mejor de nuestra sociedad... ¿Vendrás?

Decía esto Claribel con mucha naturalidad y gran calor, intercalando después de cada párrafo un sorbo de te y una chupadita a un cigarrillo egipcio, cuyo aroma suave perfumaba la estancia convidando a la placidez y al sueño. Parecía Claribel el demonio tentador que, envidioso de la felicidad de Laura, se gozaba en labrar la perdición de ésta.

nerse Laura, desde el primer momento, al descabellado proyecto de Claribel, estuvo perdida: la razón y el capricho de mujer coqueta—que todas las mujeres, hasta las más sensatas, llevan en su ser—discutieron, y como las cuestiones de honradez no admiten discusiones, perdió la razón. En vez de contestar un *no* rotundo, preguntó:

—¿Cómo quieres que vaya a ese baile con mis vestidos?

—No te preocupes, en mi ropero sobran vestidos y sombreros. Ven.

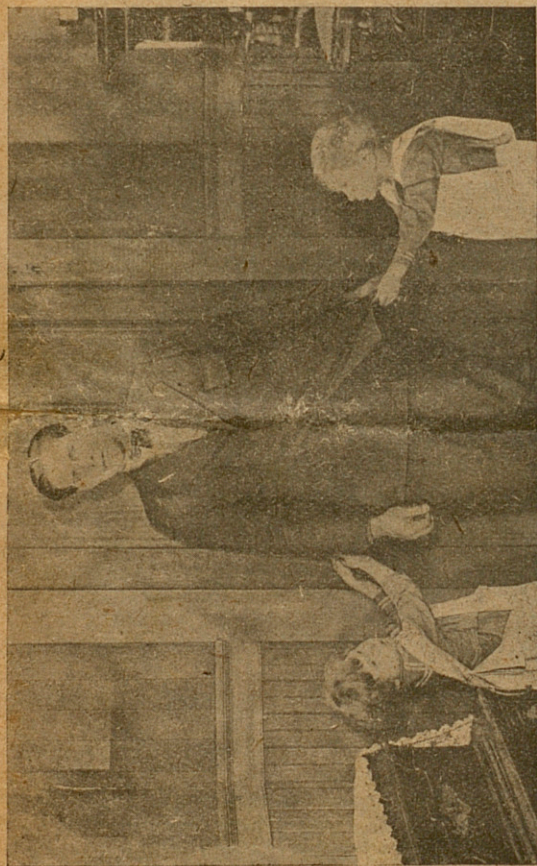
Levantáronse y fueron al ropero de Claribel.

—Escoge—dijo ésta.

Los vestidos eran demasiado pequeños, los sombreros sobrado grandes.

—Ya lo ves, Claribel, no me sirven.

—Lo arreglaremos de otro modo. Te acompañaré a la «Maison René», es la casa donde



Después de irse su esposa, Jaime quedó anonadado

yo me visto. Allí pides un equipo completo...

—Y al no poder pagar... me la cargo con todo el equipo.

—Lo pides a prueba por veinticuatro horas. Luego, al día siguiente, lo devuelves diciendo que no te ha gustado; eso se hace mucho. Además, como yo soy cliente de la casa, saldré fiadora por ti. Ven mañana por la mañana, a las once, y te acompañaré allí.

Despidiéronse hasta al día siguiente a las once, y salió Laura.

Minutos después, y mientras ésta esperaba en la acera la llegada del auto-ómnibus pasaba enfrente de la entrada de la señorial mansión, un Rolls-Royce que atropelló a Laura. Smith Blanton, ocupante del auto, bajó, levantó a Laura que había caído, y le preguntó:

—Señorita, ¿se ha hecho usted daño?

—No es nada. Muchas gracias.

—Señorita, si espera usted el autobús, puede utilizar mi coche que está a su disposición.

—Muchas gracias caballero. Si no os soy molesta...

—De ningún modo. Un verdadero placer...

A los pocos minutos Laura bajaba del automóvil en la puerta de su casa, acompañada por Smith Blanton.

—Muchas gracias, caballero; el paseo ha sido magnífico.

—Espero que volveré a tener el honor de pasear con usted, señorita.

—Lo veo difícilillo...

—Señorita...

—Señora Meberne, para servirle.

Y desapareció Laura.

El mismo día, por la tarde, recibió un ramo

de gardenias con esta dedicatoria: *A mi Cenicienta*, y firmado por *El desconocido del auto*. Aquel ramo fué a parar a las basuras.

IV

Todo pasó como Claribel había previsto. Esta y Laura fueron a la «Maison René», la cual mandó a la esposa de Jaime el equipo solicitado. Llegada la noche, y cuando Jaime había salido, Laura acostó a los niños, vistiéndose con el precioso traje que le habían mandado, y salió, dirigiéndose a casa de Claribel.

En el Círculo Artístico se celebraba una de esas fiestas, remedo de las orgías paganas del tiempo de los romanos. El gran salón-teatro estaba deslumbrante. Todo era luz, música, alegría, mujeres hermosas. Los palcos estaban rebosantes de aristócratas que se refocilaban en compañía de bellas hembras de dudosa reputación.

Corrióse la cortina del escenario y apareció un César romano rodeado de una abigarrada corte de matronas semi-desnudas y guardias de lictores y centuriones. El rechoncho empujador levantó el cetro y unos soldados empujando sendas trompetas hicieron oír un largo plañido; un pretor se adelantó y exclamó: —¡Las esclavas!

En aquel instante, de ambos lados del escenario, salieron una legión de mujeres cubiertas con una ligerísima gasa, quienes hicieron irrupción en la sala al compás de un baile moderno.

Y aquellas esclavas se adelantaban, se replegan, retorciéndose como furias y haciendo mil extravagancias.

Sonó de nuevo la trompeta y las esclavas desaparecieron, chillando como fieras.

Una nueva señal del romano trompetero y una legión de travessos diablillos rojos se lanzó a la sala, en medio de la algarabía infernal de la orquesta, haciendo, como es natural, mil diabluras: brincaban, perseguíanse, saltaban a los palcos, tentando—con sus palabras y con sus manos—, a las damitas que hacían las delicias de sus acompañantes.

Uno de estos diablillos rojos se había sentado en el parapeto de un palco del primer piso, desde donde dos señoras, por cierto muy hermosas, contemplaban la fiesta.

Una nueva trompetería y un pretor de la farsa exclamó:

—*El fox-trot general.*

Aquello fué el delirio. La orquesta inició un fox-trot y el salón resultó exiguo para contener las parejas que se arremolinaron en desenfadada danza: Nerón y una nereida, demonios y odaliscas, romanos de reluciente casco y damas a la última moda, pierrots y bayaderas, colombinas y chinos, caballeros de impecable frac y esclavas aligeradas de ropas: la locura, el desenfreno, la borrachera de la danza.

Un caballero se acercó al palco del primer piso en cuyo parapeto estaba aún sentado el tentador diablillo e invitó a bailar a una de las damas.

—Señorita, ¿me hace usted el obsequio de ser mi pareja en el fox?

—Gracias, no lo bailo.

—¿Y usted?—dijo dirigiéndose a la otra.

—Con mucho gusto... Veo, Laura, que prefieres la compañía de este demonio.

—No temas nada, Claribel, puedes ir a bailar tranquila.

Fuése Claribel con su bailador y continuó el discípulo de Luzbel al lado de Laura.

Aún no había terminado el fox-trot, cuando apareció, a la puerta del palco que ocupaba ésta, un caballero elegantísimo, el cual exclamó al verla:

—¡Mi cenicienta!

Laura se volvió y reconoció al caballero que dos días antes la había acompañado a su casa en el auto. Ella exclamó:

—¿Es usted, caballero? Gracias por las flores.

—¿Me permite usted acompañarla al jardín?

—Si este señor diablo no se ha de ofender...

El diablillo saltó al salón exclamando:

—No faltaría más; es usted muy libre, señorita.

Smith Blanton y Laura, cogidos del brazo, sin ser vistos por Claribel—por supuesto—fueron al jardín, en el que se habían dispuesto unas, como tiendas de campaña, que hacían las veces de reservados.

Al fondo, y como encantado panorama, veáse la gran urbe salpicada de innúmeras lucecitas.

—Mire usted, hermosa cenicienta—dijo Blanton señalando la ciudad—, a nuestros pies millones de seres humanos arrastran su vida sufriendo mil privaciones, mientras que aquí, en este encantador paraíso, unos cuantos elegidos

gozamos las delicias que procuran las riquezas...

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Laura:

—¡Ay!... Tiene usted razón.

Y veía a sus hijos, lejos de su madre, descansando bajo humilde techo, y a su esposo corriendo por aquellas calles, en busca del sustento diario...

Por el jardín, iluminado esplendorosamente, transitaban parejas de abigarrados contrastes, en amoroso coloquio; unas buscaban la soledad de un cenador, o la sombra de un macizo; otras se guarecían en algunas de las cónicas tiendas de tela.

Smith Blanton llevó a Laura a uno de aquellos singulares reservados. Le brindó una copa de champagne:

—¡Por nuestro amor!...

—Caballero—contestó Laura con triste acento—siento tristeza al pensar en los millones de seres que arrastran su vida en la indigencia mientras que aquí, por un mezquino capricho, se derrochan fortunas...

—No piense ahora más que en el placer y en que es usted adorada por un hombre rico.

Ebrio de pasión, convencido de que la mejor llave para rendir la voluntad femenina era el dinero, se arrodilló ante ella:

—Sólo un beso y será usted rica.

—No me hable usted de amor.

Laura dió unos pasos hacia la puerta; mas Blanton agarróla fuertemente por un pie, quedando en sus manos el lindo zapatito de seda, que él llenó de vino espumoso, levantólo exclamando:

—¡ Por nuestro amor !

Y bebió. Laura echó a correr fuera de la tienda, abandonando su zapato en poder de Smith. Al salir no vio Laura a una mujer que había asistido, escondida, a toda la escena anterior: era Claribel.

Al salir Laura del Círculo Artístico y pisar la acera, quedóse petrificada, retrocedió quedando la espalda pegada a la pared con las manos crispadas y los ojos desencajados: su esposo estaba allí, dormido en el pescante del taxi. Aprovechando esta feliz coincidencia, echó a correr hasta su casa.

Salió Smith Blanton del Círculo Artístico y tomó precisamente el taxi de Jaime Meberne. Al llegar a su casa, después de dar orden al conserje de pagar al chauffeur, Blanton arrojó a éste el zapatito de seda de Laura, que aún llevaba en la mano, gritándole:

—Toma, buen hombre, tu propina.

V

Laura no despertó hasta muy entrada la mañana. Al levantarse los niños dieron con la caja en que Laura había guardado el vestido, la abrieron y se pusieron a jugar con él, haciéndolo jirones, cubriéndose con ellos para ir a sorprender a su mamá que aún dormía.

Fácilmente se comprenderá la desesperación de Laura al ver aquel destrozo que la ponía en un apuro imposible de solucionar.



—Oígame, querida Cenicienta, ¿cuándo vamos a ser buenos amigos?

Fué a explicar lo sucedido a la «Maison René», cuyo gerente consultó el registro y al ver que había salido garante la señora Blanton, telefoneó. Púsose en el aparato el mismo Smith:

—¿Señora de Blanton?... ¿Es usted el señor Blanton,... Lo mismo da... La señora Laura Bedford no puede devolver el vestido que ayer tomó a prueba...; aquí se ha consignado el nombre de su esposa como saliendo garante... ¿Cómo dice usted?... ¿que su esposa no responde de nada?... Bien, bien, dispense...

El gerente colgó el auricular y, dirigiéndose a Laura, le dijo, con gran tranquilidad a la par que con energía:

—Señora, el señor Blanton me dice que su esposa no responde de este vestido. Esperaré hasta mañana; después tomaré una determinación enérgica.

—¡Gran Dios!... ¿Y cómo lo voy a hacer?

—¡Hasta mañana, señora!...

Laura volvió a casa anonadada.

¡Qué horas terribles pasó! Bien purgaba su ligereza y su capricho; maldecía la hora tonta en que había prestado oídos a las palabras de Claribel.

Lloraba y sus dos hijitos, cogidos a sus rodillas, lloraban también al ver la desesperación de su madre.

Y las lágrimas de los niños acrecían las de la madre que ya palpaba el fin de la felicidad del hogar, todo por un capricho tonto de ella.

Llamaron a la puerta. No se atrevía a abrir esperando que de un momento a otro podía llegar la policía.

Al fin, secóse las lágrimas y fué a abrir.

Era el gerente de la «Maison René» acompañado de un agente.

—¿Doña Laura Bedford?

—Servidora.

—Vengo a cobrar el equipo que se le entregó hace tres días.

—Ya le dije ayer que estos niños...

Y se puso a llorar acongojadamente.

—Señor—exclamó uno de los pequeños—, no os llevéis a mi mamá.

—Esta es la factura—dijo el gerente alargando un sobre a Laura.

—¿Cómo voy a pagar 398 dólares?...

—Si no puede usted pagar, debe seguir a este agente de la autoridad.

—¡Señor!... ¡¡Piedad!!...

—¡No os llevaréis a mi mamá, no!—clamaban los niños, llorando con desesperación.

La escena era desgarradora, capaz de conmover a cualquiera que no tuviera el corazón de bronce o Peña.

El gerente repitió fríamente:

—Señora, seguid a la autoridad.

—¡No te vayas, mamá!... No nos dejes solos...

Laura fué hacia adentro y a poco salió con el dinero, entregando al gerente el importe de la factura, los 398 dólares.

Aquel día llegó Jaime más alegre que los demás días. Abrazó efusivamente a su mujer.

—Laura, he encontrado un taxi magnífico que es una ocasión... Pero ¿qué tienes? Parece que has llorado. Alégrate, mujer. Figúrate que sólo tendré que pagar quinientos dólares al contado... Es un coche precioso; con arranque eléctrico; luz interior; y con todos los

accesorios. Chica, es una ocasión única. Ya lo he probado. Es un «Studebaker». Pero ¿qué te pasa, mujer? ... ¿Por qué lloras?

Los niños también se echaron a llorar.

—Mamaíta llora... porque... dos hombres... la querían llevar.

—Explicate de una vez, Laura, ¿qué significa esto?

—Jaime, ¡perdón!—clamó la esposa echándose a los pies de su marido.

—Papá, papá, aquellos hombres se han llevado todo el dinero.

—¿Qué es esto, Laura?... ¡Nos han robado!

—No, no; no te enfades... ya te explicaré...

Claribel la había invitado para ir al baile; no tenía vestido y pidió uno a prueba a la «Maison René», con intención de devolverlo; mas los niños jugaron con él, haciéndolo jirones; Claribel se ha negado a salir fiadora como lo había prometido, y para no ir a la cárcel, prefirió pagar con el dinero contenido en la hucha.

En pocas palabras Laura confesó toda la verdad.

—¿Dónde están los restos de ese maldito vestido?—Y sin esperar contestación fuese Jaime al armario de su esposa donde halló el vestido hecho jirones.

—¡Así ha quedado mi honra!—exclamó desconsolado.

Al ver el único zapato, casi tuvo un desvanecimiento. El guardaba un zapato como aquél. Fué a buscarlo. Sí, sí, no cabía duda, ella había pasado la noche con aquel hombre... Volvió al lado de su esposa furioso, colérico, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Fementida!... ¡Falsa!... ¡Mala madre!... La que se gasta 398 dólares en un vestido para irse con un hombre, es una mala mujer y merece que se la abandone en medio del arroyo. Ya sé con quién has ido, lo conozco y se acordará de mí. ¡Vete!... ¡Vete con él!...

—¡Perdón, perdón, Jaime!...

—¡Vete, te digo, o haré una barbaridad!

El padre vociferaba colérico, la madre se ahogaba en gritos de congoja, los niños, cogidos a las rodillas de su madre, con sus rostros lastimeros vueltos hacia el autor de sus días, como pidiéndole clemencia, lloraban acongojadamente.

Jaime Maberne abrió la puerta de la escalera, empujó hacia afuera a su esposa que se volvía a su marido tendiendo hacia él sus manos juntas en actitud suplicante, y arrancó a los niños, a viva fuerza, de las rodillas de la madre.

VI

—Claribel, haz el favor de no salir otra vez fiadora de ninguna de tus amigas. Porque tienes unas amiguitas que se las traen.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me ha telefoneado el gerente de la «Maison René» diciéndome que tú habías salido garante de una amiga tuya que había pedido un vestido a prueba. No lo ha devuelto y querían que yo lo hubiese pagado.

—¿Y qué le has contestado?

—Que primadas, no. Claribel, las amigas de tu calaña...

—Habla con más respeto a tu esposa.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué amigas tienes, Claribel!

La esposa de Blanton fué al teléfono y se enteró de que Laura había pagado la factura.

—¿Pero tú sabes lo que es para ella pagar aquel vestido?

—Lo mismo que para ti.

—Para mí quinientos dólares representan una pequesísima privación...

—Claro, pagando yo...

—¿Y qué son para tí quinientos dólares?...

—Depende del cambio; al de hoy serían unas tres mil quinientas pesetas.

—¡Pobre Laura!... ¿Cómo se habrá arreglado?... Voy a verla.

En efecto, Claribel se dirigió a casa de su amiga.

Volvamos a casa de Jaime Meberne. Está ocupadísimo en los quehaceres domésticos cuando llegó Claribel.

—¿Tú, Claribel?

—Yo misma. ¿Qué te sorprende?... ¿Está Laura?

—Por culpa tuya la he tenido que echar de casa.

—¿Eso has hecho?... Laura es inocente, te lo juro, Laura te quiere y no te ha faltado. Si salió de casa a deshora en mi compañía, mía es la culpa.

Y Claribel contó a Jaime todo lo que había sucedido.

—Nosotros éramos felices y tú has venido a ahuyentar la dicha de esta casa. Si tienes dinero, guárdalo; nosotros teníamos algo más

precioso que las riquezas, que es la tranquilidad y la dicha del hogar: tú nos has hecho desgraciados.

—Tienes razón; pero ¿dónde estará ahora Laura?

—No te vuelvas a interponer en mi camino y... ¡adiós!

* * *

Salió Laura de su casa acongojadísima. Ya en la calle, dirigióse a pie a casa de su ex-compañera Claribel.

Se la introdujo en un saloncito de espera contiguo al salón-fumador, en donde, en aquel momento, Smith Blanton leía la prensa.

—¿Es usted, mi querida cenicienta?

Laura se volvió rápidamente levantándose.

—¡¡ Oh!! ¡¿ Usted?!

Blanton le alargó la mano la cual apretó entre las suyas con manifiesta prueba de cariño.

—¿Venía usted a verme?

—No, no, señor—se apresuró a contestar Laura—; venía a hablar con la señora de la casa, la señora Blanton.

—Siéntese, siéntese usted.

—Gracias. ¡Qué sorpresa verle a usted en esta casa!

—Sí, vengo de vez en cuando — contestó Smith Blanton sonriendo—, soy algo pariente de la familia.

—¿Pariente?

—Sí, por alianza... Oigame, querida Cenicienta, ¿cuándo vamos a ser buenos amigos?

Laura bajó la vista entristecida.

Smith se le acercó, y creyendo que su silencio era señal de asentimiento, quiso besarla. Ella le rechazó con un gesto violento y díjole con entereza:

—Caballero, respete usted a una mujer honrada.

Pensó Blanton que aquellos aspavientos y negativa eran pura ficción; era la táctica de muchas mujeres que él había poseído; se oponían para hacerse más deseables.

Y volvió al ataque; pero con brutalidad, siguiendo la máxima volteriana: *los favores de una mujer bonita no se piden, se exigen, y, cuando uno es un perfecto sinvergüenza, por la fuerza, si es preciso*: Se abalanzó sobre ella con los brazos abiertos y... cayó sobre su carrillo un solemne bofetón, que Laura descargó con toda su alma sobre la villana mejilla de aquel ser innoble.

En aquel momento culminante apareció en el marco de la puerta, la esposa de Smith.

—¡*Touché!*!...—exclamó Claribel remedando satíricamente el grito de los esgrimistas, cuando pinchan en el corazón a su contrinante.

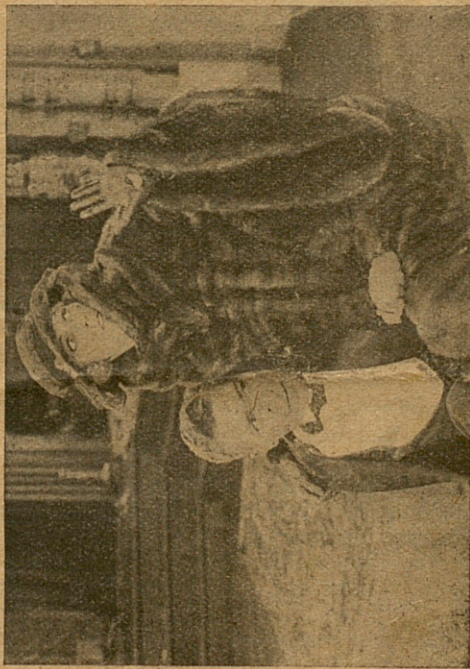
Laura quedó pálida, Blanton rojo de vergüenza, de rabia y de cólera. Al ver a su esposa, gruñó temblándole las mandíbulas:

—Clari..., ya te he aconsejado en otra ocasión que no te debías mezclar en mis asuntos particulares.

—Laura, tengo el gusto de presentarte mi marido.

—¿Este... es tu marido?

—Ya le conocías... Os vi juntos en el jardín del Círculo Artístico...



Claribel intentó defender a su marido

—¡Claribel!...

—No, ya sé que tú has obrado como mujer honrada. En cambio, mi magnífico marido...

—Clari...—rugió Smith—, todo ha terminado entre nosotros.

—Todo no—exclamó con voz potente Jaime Meberne, que acababa de entrar en la salita—. Aún falta que me explique usted a quien quitó el zapato que el otro día me arrojó como propina.—Y sin decir más, abalanzóse sobre Smith Blanton y arremetió contra él a puñetazo limpio, hasta dejarlo tendido en el suelo.

Claribel intentó defender a su marido:

—Jaime, no confundas, este hombre es mi marido; Laura vino aquí en busca mía y se ha encontrado con él impensadamente.

—No, ya sé lo que hago. Este señor me regaló el otro día un zapato de precio y he venido a pagárselo con la única moneda que tenemos los pobres.

Luego volvióse a Laura:

—Ven a mis brazos. Sé que no eres culpable. ¡Adiós, señores!...

En el taxi de Jaime volvieron él y Laura a su casa donde los hijitos recibieron a su madre con muestras de gran regocijo.

—Ahora mismo—dijo Jaime a su esposa—me voy a vender esa maldita ponchera para reponer el dinero en la hucha. Compraremos el Studebaker y reanudaremos nuestra vida de felicidad.

Laura, actúdate siempre que la verdadera felicidad no estriba en las riquezas, ni en las comodidades, ni mucho menos en los placeres; tampoco está vinculada en una clase social determinada; la felicidad la lleva cada uno den-

tro de su ser, basta sólo saber aplicar la fórmula: *Conténtate con lo que posees, sin envidiar lo que tienen los demás; pero trabajando honradamente para mejorar tu situación. Acepta los sinsabores y penalidades de la vida, como mal necesario en este mundo y ama a los tuyos y vive para ellos.*

Como ves, con la aplicación de esta fórmula, tan felices pueden ser las mujeres de los hombres ricos, como LAS MUJERES DE LOS HOMBRES POBRES.

FIN

Registrada. Queda hecho el depósito que marca la ley.

:: REVISADO POR LA CENSURA MILITAR ::

NOVELAS SELECTAS PUBLICADAS

Núm. 1 **ROSITA** (La cantante callejera)
Protagonista: Mary Pickford. La muñeca del mundo. 1 pta.

Núm. 2 **NO SE FIE DE LAS APARIENCIAS**
Deliciosa comedia sentimental
Por la bellísima LIL DAGOVER 30 cts.
Postal-fotografía de Mary Pickford en su divina *Rosita*

Núm. 3 **Lorna Doone** Egloga de amor y aventuras
Creación de la gentil ingenua, MAGDA BELLAMY
Postal-fotografía Charles Chaplin «Charlot», su más reciente *pose*. — 25 cts.

Núm. 4 **LA VOZ DE LA MUJER** Drama de la vida real
Insuperable interpretación de la eximia trágica Dorothy Phillips
Postal-fotografía Douglas Fairbanks. — 50 cts.

Núm. 5 **¡Cuidado con la curva!**
Comedia dramática de la vida matrimonial
Protagonista: HELENE CHADWICH
Postal fotografía: Lil Dagover 25 cts.

Núm. 6 **EL LEON DE VENECIA** Episodio histórico
Protagonistas: Grete Reinwald y Olaf Fjord
Postal fotografía: Magda Bellamy 25 cts

Núm. 7 **LA ROSA DE FLANDES**
Epopeya histórica de lucha y amor
Protagonista: Raquel Meller. — 2.ª Edición.
Postal fotografía: Raquel Meller. 50 cts.

Núm. 8 **ENSUEÑO** Novela idílica
Protagonistas: Brabant y Signoret
Postal fotografía de Andrés Rouanne 25 cts.

Núm. 9 **SHERLOCK HOLMES** Novela policíaca
por JOHN BARRYMORE. Postal-fotografía Dorothy Phillips. 25 cts.

MAS SENSACIONAL

EN PRENSA :

La verdadera obra de arte cinematográfico

EL SIGNO DEL ZORRO

La película que ha batido todos los records

La mayor creación del genial

DOUGLAS FAIRBANKS

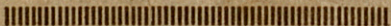
Artística postal-fotografía de este inmenso artista en el
protagonista de dicho film

Interview, anécdotas, curiosidades y fotografías
de la simpática y genial pareja

MARY PICKFORD

Y

DOUGLAS FAIRBANKS



Precio: 25 céntimos

Imp. Garrofé; Villarroel, 12 y 14.—Barcelona